RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Blanco, Alejandro

Roger Chartier, Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna, Madrid, Alianza, 1994, 316 páginas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Blanco, A. (1995). Roger Chartier, Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna, Madrid, Alianza, 1994, 316 páginas. Revista de ciencias sociales, (3), 264-268. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1206

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

contemporánea al hacer una defensa tan enconada del valor de la igualdad, pero hubiera sido deseable que desarrollara más detalladamente por qué la igualdad no es un obstáculo para el libre florecimiento de la "diferencia", ya que se limita a señalar que lo predominante en los autores que utilizan concepciones provenientes de Nietzsche o Heidegger es cierta confusión conceptual que les impide, por su propia terminología, defender la igualdad, aunque simultáneamente, como hombres de izquierda, la consideren un valor irrenunciable. Bobbio entiende que la reivindicación contemporánea de la diferencia puede ser una objeción justa hacia aquellas doctrinas que entienden la igualdad como igualitarismo, pero que no es posible la afirmación de la diferencia si no existe primero una sociedad que además de la *libertas a coactione* cree las condiciones para evitar la *libertas a miseria*, cambiando así el verdadero sentido de aquella reivindicación.

Podría reprochársele que su caracterización de la izquierda es algo autocomplaciente. Sin embargo, es claro que Bobbio está afirmando el deber ser de la izquierda y que su realismo político, por no decir su pesimismo, le plantea numerosos interrogantes acerca de la posibilidad real de llevar a cabo aquella conciliación, aunque no por eso, aún a sus ochenta y seis años, encuentre en ello una razón para resignarse.

Luis Alejandro Rossi

Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994, 316 páginas.

La arqueología de la modernidad

En "Kafka y sus precursores" Borges escribe: "Si no me equivoco, las heterogéneas piezas que he enumerado se parecen a Kafka; si no me equivoco, no todas se parecen entre sí. Este último hecho es el más significativo. En cada uno de esos textos está la idiosincracia de Kafka, en grado mayor o menor, pero si Kafka no hubiera escrito, no la percibiríamos; vale decir, no existiría. El poema *Fears and Scruples* de Robert Browning profetiza la obra de Kafka, pero nuestra lectura de Kafka afina y desvía sensiblemente nuestra lectura del poema. [...]. El hecho es que cada escritor *crea* a sus

precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro" (las cursivas son del autor).

Indudablemente, la perplejidad que nos provoca este texto proviene de una inversión de nuestra expectativa: rápidamente, en unas pocas líneas, Borges despacha el controvertido problema del origen de las obras en la historia literaria. Invierte, por decirlo de alguna manera, el régimen de la causalidad y lo hace precisamente con un término que, como el de precursor, parecería indicar lo contrario. En efecto, como lectores del texto, en el término "precursores" ya presentimos y enseguida esperamos que Borges desenrolle una ristra de nombres consignando la nómina de las "influencias" que prepararon la obra de Kafka. Borges defrauda esa expectativa colocando al principio lo que, presumiblemente, debería ir al final: sorpresivamente, es Kafka el que ha creado a sus precursores y no a la inversa. La afirmación -casi un prefacio obligado a las "teorías de la recepción"- condensa muchos de los motivos que actualmente figuran en el centro de las preocupaciones de la "historia cultural", una disciplina que tiene en la figura de Roger Chartier a uno de sus más destacados promotores. De esos motivos, merecerían subrayarse al menos tres: las modalidades de circulación de los textos, el motivo de la lectura y la incidencia de los textos en la configuración del "horizonte de las expectativas" de los lectores. Veamos.

El texto borgeano cuestiona un concepto tradicional de tradición que ve a ésta como depósito estable –*thesaurus*– del conjunto de las obras de una comunidad determinada. En oposición a esta concepción naturalista, Borges piensa la tradición como un escenario conflictivo en permanente proceso de transformación. La tradición no es la totalidad de los textos –aunque la pretensión de totalidad sea, a veces, la forma en que una tradición se legitima– sino sólo una parte de ella. Para decirlo con Raymond Williams, toda tradición es siempre *selectiva*: escoge ciertos textos, excluye otros y establece determinadas relaciones de filiación y jerarquía. Las razones de esa selección obedecen a múltiples factores, especialmente a la configuración de las relaciones de poder del campo literario en un momento específico de su historia. La lectura es el operador de esa selección. Un texto, el de Kafka en este caso, produce un reordenamiento de los valores consagrados por la tradición y, al producirla, modifica la identidad de los textos mismos. Inserta en una tradición, toda escritura introduce así un principio de lectura, ensaya, podría decirse, una retrospectiva. Una vez que

leímos Kafka, razona Borges, somos, inevitablemente, lectores diferentes. En virtud de ello, tanto la identidad de los textos pasados, como los del porvenir, se modifica. "Un libro cambia –escribe Pierre Bourdieu– por el hecho de que no cambia mientras que el mundo cambia."

Los ensayos de Chartier reunidos en este libro expanden estos *topoi* borgeanos. En efecto, su propósito de escribir una historia de la lectura durante la época del *ancien régime* se inicia con una sospecha que el autor escande en tres momentos, a saber: el significado de los textos –como los de la enumeración borgeana– no permanece inalterado frente a las incursiones de una lectura; como consecuencia, la identidad de los textos varía históricamente; y, por lo tanto, sus significados no se agotan en un análisis de sus estructuras sintáctico-semánticas sino que es necesario conocer el horizonte social y las redes de prácticas y significados desde las cuales los textos son leídos. El corolario más inmediato de esa sospecha es la crítica de una concepción abstracta de la práctica de la lectura –vista como proceso de intelección independientemente de los usos que los actores realizan del material escrito y de los significados con que los invisten– y una no menos abstracta noción del público lector que desconoce su segmentación recortada por diferencias y desigualdades en las competencias socioculturales. Frente a ello, los ensayos de este libro ponen de manifiesto la existencia de formas de lectura particulares, encarnadas, claro está, por lectores igualmente particulares.

Ahora bien, raramente los lectores escriben sus lecturas. Por consiguiente, ¿cómo se las arregla Chartier para acceder al universo de una práctica que esquiva el testimonio y que permanece, de este modo, fatalmente indocumentada? Diversificando las técnicas de análisis y, simultáneamente con ello, amplificando el campo de los objetos. En la primera parte del libro, que lleva por título "Del texto al libro. Autores, editores, lectores", el autor describe precisamente dicha estrategia. El pasaje aludido en la expresión "del-al" muestra, de manera elocuente, una mutación del objeto, que –contra la tradicional crítica textual– circunscribe la historia cultural. Tomar el libro como objeto le permite a Chartier realizar dos operaciones complementarias: desplazarse de la crítica de inspiración estructuralista que reduce el sentido de los textos a su lógica interna y, de esa manera, incorporar al análisis la actividad de aquellos actores –autores, editores y lectores– que, desdeñada por el análisis estructural, repercute de manera decisiva en el

destino de los textos y sus modos de circulación. El sentido de los textos remite, por consiguiente, a un complejo proceso de producción social. De ahí la atención especial que el autor dedica –con auxilio de la *analitical bibliography*– a las "estrategias editoriales", es decir, a todos aquellos dispositivos mediante los cuales los libros se ofrecen a la lectura. Frecuentemente desatendidos por la crítica, esos dispisitivos, que incluyen marcas tipográficas, ordenación y compaginación diferente del material, censura de párrafos considerados como obstáculos a la lectura, etc., modelan los textos, constriñen las formas de su lectura, presuponen un público a la vez que lo construyen. La intervención editorial se revela así como el teatro de una serie de operaciones de orden cultural que están en el origen de los diversos cruces y conexiones entre los circuitos de la cultura culta y la popular. La atención a las estrategias editoriales revela entonces el carácter inestable de la frontera que divide lo culto de lo popular, al mismo tiempo que pone en cuestión la explicación que atribuye la identidad de los textos –culto o popular– de acuerdo a la proveniencia social de sus productores. Al respecto, el análisis que en *El mundo como representación* Chartier dedica a la "Biblioteca Azul" –parcialmente recogido en uno de los ensayos de este libro– apunta en esa dirección, pues tratándose de una serie de textos de origen no popular se convirtieron, gracias a la intervención de algunos editores perspicaces a la hora de captar las competencias y el gusto del nuevo público, en la literatura favorita de los sectores populares durante el *ancien régime*. Ensayando una analogía, podríamos afirmar que el papel desempeñado por el Kafka de la tesitura borgeana en la relectura de los textos de la tradición literaria es análogo al que desempeñan los editores en la reorganización de los materiales escritos. En efecto, la actividad de estos últimos no sólo consiste en adaptar los textos a las competencias del público al que se dirigen, sino que sus fórmulas editoriales están en el origen de la creación de sensibilidades, formas de leer y hábitos culturales absolutamente novedosos.

En la segunda parte del libro, titulada "Lectores: representaciones y prácticas", Chartier se ocupa, precisamente, del estudio de las estrategias editoriales, la presencia desigual del libro, a la vez que, en una suerte de reconstrucción antropológica y arqueológica, somete al análisis los espacios, los objetos y los gestos de la lectura. En esta sección, la referencia a las "representaciones" –una noción de origen durkheimiano y actualizada por los trabajos de Pierre Bourdieu– resulta decisiva para

una historia cultural como la preconizada por Chartier, preocupada no sólo por conocer la distribución estadística de lo impreso –una tarea magistralmente llevada a cabo por la historiografía cuantitativa de los *Annales*–, sino fundamentalmente por acceder a las relaciones que los lectores establecen con dicho material. El mundo que revela la estadística no explica –o sólo parcialmente– el mundo simbólico, inconmensurable por naturaleza, abierto por la práctica de la lectura. En tal sentido, conocer la forma en que los hombres del *ancien régime* se relacionaron con el material escrito –que incluye libros, pero también carteles, imágenes volantes, canards, secretarios, etc.– implica, necesariamente, un conocimiento de las formas en que esos hombres se representaron esa relación. Contrariamente a una consideración de las "representaciones" como mero epifenómeno de una estructura subyacente, Chartier recupera su carácter configurador de las prácticas.

En la última parte del libro, titulada "Lecturas: géneros textuales y géneros editoriales", Chartier analiza tres tipos diferentes de materias textuales de gran circulación durante el *ancien régime*: los ocasionales (pequeños relatos sobre acontecimientos milagrosos), los manuales de civilidad y los epistolares. Dirigidos tanto al público culto como al popular, el análisis que el autor realiza de este material, las formas de su edición y los modos de su circulación ponen de manifiesto usos distintos y lecturas contrastadas de parte de sus lectores. Los ensayos revelan, además, la función modelizadora de los comportamientos y de los imaginarios sociales de estas producciones textuales –una función que fuera ejemplarmente anticipada por los trabajos de Iuri Lotman y la Escuela de Tartu–.

En resumen, en la historia de las relaciones y de las prácticas que los hombres del *ancien régime* mantuvieron con el material impreso –muchas de ellas desaparecidas– Chartier nos ofrece a un tiempo la memoria de la modernidad y una arqueología de nuestros precursores. Los senderos abiertos a partir de allí –afortunada o desgraciadamente– se bifurcaron. Quizás, un modo de comprender mejor esas bifurcaciones consista en revisitar el jardín del que partieron.

Alejandro Blanco